



## CAPÍTULO I



1801

A cabo de regresar de una visita a mi casero, el solitario vecino con quien tendré que tratar en adelante. ¡Qué región tan hermosa! Dudo que en toda Inglaterra hubiese encontrado otro lugar tan completamente alejado del bullicio de la sociedad como este. Esto es un auténtico paraíso para misántropos, y, al parecer, el señor Heathcliff y yo somos dos personas idóneas para repartirnos esta desolación. ¡Un tipo estupendo! Seguro que no ha sospechado la simpatía que me ha inspirado cuando he visto que sus negros ojos, recelosos, se escondían bajo sus cejas al acercarme a caballo, y cuando sus dedos se han refugiado aún más, con desconfianza, en los bolsillos de su chaleco cuando me he presentado.

—¿El señor Heathcliff? —he dicho. Él ha asentido con la cabeza—. Soy el señor Lockwood, su nuevo inquilino, señor. He querido venir cuanto antes tras mi llegada para expresarle mi esperanza de no haberlo importunado con mi insistencia en solicitar que me alquilara la Granja de los Tordos. Oí decir ayer que estuvo usted pensando...

—La Granja de los Tordos es de mi propiedad —me ha interrumpido él, torciendo el gesto—. No permitiría que nadie me importunara, ni mucho menos. ¡Pase!

Ha dicho «¡Pase!» apretando los dientes, como si dijera «¡Váyase al infierno!». La cancela en la que estaba apoyado tampoco ha hecho ningún movimiento que se correspondiera con esa orden; y creo que ha sido esa circunstancia lo que me ha animado a aceptar la invitación: he sentido curiosidad por ese hombre que parecía aún más exageradamente reservado que yo.

Cuando ha visto que el pecho de mi caballo empujaba la cancela, ha extendido la mano para abrirla, y luego me ha precedido con gesto huraño por el camino; llegados al patio, ha gritado: «¡Joseph, llévate el caballo del señor Lockwood y trae un poco de vino!». «Supongo que no tiene más que un criado para todo», he pensado al oírle dar la doble orden. «No me extraña que la hierba crezca en las juntas de las baldosas, ni que sea el ganado el encargado de podar los setos.»

Joseph es un hombre mayor, o mejor dicho muy anciano, aunque corpulento y fibroso. «¡Dios nos asista!», ha murmurado, fastidiado, mientras se hacía cargo de mi montura, y me ha mirado con un gesto de tan profunda amargura que, compadecido, he conjeturado que debía de necesitar ayuda divina para digerir su comida, y que su piadosa jaculatoria no tenía relación alguna con mi inesperada llegada.

Cumbres Borrascosas es el nombre de la finca del señor Heathcliff. «Borrascosas» es un adjetivo muy propio de la región que describe los trastornos atmosféricos a los que está expuesta cuando se producen tormentas. No cabe duda de que allí arriba debe de haber una buena ventilación en todo momento: se adivina la fuerza del viento del norte, que sopla por encima de las crestas, por la exagerada inclinación de unos pocos abetos achaparrados que hay al final de la casa, y por una serie de espinos enjutos que extienden todos sus miembros en la misma dirección, como si pidieran limosna al sol. Por fortuna, el arquitecto tuvo la precaución de construir un edificio sólido: las estrechas ventanas están bien encajadas en las gruesas paredes, y las esquinas están protegidas con grandes sillares.

Antes de trasponer el umbral, me he detenido a admirar la gran cantidad de toscas inscripciones labradas por la fachada, y sobre todo alrededor de la puerta principal; sobre esta, entre una maraña de grifos erosionados e impúdicos querubines, he distinguido la fecha «1500» y el nombre «Hareton Earnshaw». Habría hecho algunos comentarios y le habría pedido al arisco propietario que me hiciera una breve historia del lugar, pero la actitud con que estaba apostado junto a la puerta pa-

recía exigirme que me apresurara a entrar o me marchara de allí cuanto antes, y yo no he querido agravar su impaciencia antes de haber inspeccionado el interior de la casa.

Nada más entrar, nos hemos encontrado en la sala de estar, sin vestíbulo ni pasillo introductorio; por estos lares suelen llamar a esa estancia «la casa». Por lo general, incluye la cocina y el salón; pero creo que en Cumbres Borrascosas la cocina tuvo que retirarse a otra parte del edificio: al menos he oído voces de conversación y ruido de utensilios de cocina que provenían de las profundidades; y no he observado que hubiera nada asándose, hirviendo ni horneándose en la enorme chimenea, ni he visto resplandor de cacerolas de cobre ni coladores de estaño en las paredes. Sin embargo, al fondo, sobre un enorme aparador de roble, había montones de platos de peltre apilados hasta el techo, y entre ellos numerosas jarras y copas de plata en las que se reflejaban tanto la luz como el calor. El techo no estaba revestido, de modo que toda su estructura quedaba al descubierto, excepto donde la ocultaba un armazón de madera lleno de tortas de avena y racimos de jamones y patas de ternera y de cordero. Encima de la chimenea había varias escopetas viejas y deslucidas, y también un par de pistolas de caballería; y, a modo de adorno, tres latas pintadas de vivos colores y dispuestas a lo largo de la repisa. El suelo era de piedra blanca y lisa; las sillas, sencillas y de respaldo alto, estaban pintadas de verde, pero había un par más pesadas y negras que acechaban en un rincón oscuro. Bajo el aparador, metida en un hueco, descansaba una enorme perra de caza de color marrón, rodeada de un enjambre de cachorros alborotadores, y había otros perros tumbados en otros rincones.

Ni la estancia ni los muebles habrían parecido en absoluto extraordinarios si hubieran pertenecido al típico granjero del norte de Inglaterra, un tipo sencillo de semblante decidido y piernas robustas enfundadas en pantalones hasta las rodillas y polainas. En un radio de cinco o seis millas de estas colinas sería fácil encontrar a un individuo así sentado en su sillón, con su jarra de cerveza espumada en una mesita redon-

da a su lado: bastaría con llegar a la hora adecuada después de comer. Pero el señor Heathcliff presenta un curioso contraste con su morada y su estilo de vida. Su aspecto es el de un gitano de tez oscura, mientras que sus modales y su forma de vestir son los de un caballero, es decir, todo lo similar a un caballero que pueden ser los terratenientes: un tanto desaliñado, quizás, pero sin llegar a ofrecer mal aspecto por su negligencia, gracias a su buena planta y su atractivo; y bastante malhumorado. Seguramente habrá quien lo considere orgulloso, pero algo me dice que se equivocan: sospecho que su carácter reservado surge de una aversión a las demostraciones ostentosas de sentimientos y a las manifestaciones de simpatía. Estoy seguro de que también ama y odia a escondidas, y debe de considerar una especie de impertinencia ser amado u odiado abiertamente. No, estoy yendo demasiado rápido: le confiero mis propios atributos con demasiada generosidad. Podría ser que el señor Heathcliff tuviese razones totalmente distintas a las que me mueven a mí para apartar la mano cuando se encuentra ante cualquiera que pretenda relacionarse con él. Espero que su constitución no sea como la mía: mi querida madre solía decir que nunca tendría un hogar confortable, y el verano pasado demostré definitivamente que no lo merecía.